

GACETA DE CARACAS

DEL MIERCOLES 14 DE AGOSTO DE 1816.

CARTAGENA.

Ha llegado à esta plaza procedente de Cuba el Illmo. y Rmo. señor arzobispo de Santafe D Juan Bautista Sacristan, que desde 1811 se hallaba en aquella isla despues de no haber sido admitido en su diócesis por los facciosos que gobernaban y por los motivos que fuéron públicos. Los pueblos han recibido à su pastor con un entusiasmo inexplicable; porque vueltos à su antigua tranquilidad, han visto que su presencia y su voz son indispensables para acabar de disipar los efectos que sobre las costumbres causó la revolucion. S. I., aunque casi cierto de estar promovido al arzobispado de Zaragoza, no ha podido resistir à los clamores de su antiguo pueblo, ni à los deseos de su corazon; y à pesar de tantas circunstancias ha emprendido este penoso viage que terminará en la capital, y hecho oír su voz pastoral en la carta siguiente.

EL ARZOBISPO DE SANTAFE A SUS DIOCESANOS.

Mis amados en Jesucristo: ¡Quan incomparables son los juicios de Dios! Verdad que ni el transcurso de los siglos ha podido borrar, ni obscurecer con sus sofísticos argumentos tantos escritores que por sus impías opiniones han intentado y deseado adquirirse el pomposo título de filósofos. Si reflexionamos sobre las convulsiones y trastornos que en estos pasados tiempos en tan gran manera nos han affligido, dudariamos llegasen momentos serenos en que se verificase el regreso á el territorio de nuestra metrópoli para saludaros, como lo hacemos en Jesuchristo, y hablaros aunque brevemente por ahora, y con la protesta de hacerlo con mas extension en ocasion oportuna, con la sencillez y claridad cristiana que exige nuestro pastoral ministerio. Llegó al fin, aunque con el dolor de ser quando ya habeis sufrido los horrores de una verdadera anarquía, y despues de haber desaparecido las fortunas, y aun existencias de muchos de vosotros. Males de tanta trascendencia no han podido ménos que fixar nuestra atencion; pues ademas de haber sido de los primeros en sufrirlos, tenemos por nuestro carácter una mayor obligacion para acudir á su remedio: que en tal modo nos he-

mos conducido desde el principio de vuestros alborotos, os es sabido. Durante nuestra permanencia en esta Costa-firme y pequeño pueblo á que fuimos confinados no perdimos ocasion para disuadir con cristianas y politicas reflexiones à muchos que por cálculos sin principios creian asequibles sus mal meditadas ideas, previéndoles de las fatales conseqüencias que eran de seguirse, y que por desgracia habeis experimentado. El mismo órden sin variacion observamos en nuestra continua y difusa correspondencia con los que por todo el tiempo de nuestra mansion quisieron gobernaros. Pluguiera à Dios se os hubiera manifestado, pues con su vista por ventura, muchos de vosotros no hubiérais sido alucinados con supuestos mal averiguados, y os hubiérais cerciorado de las poderosas y justas razones, que con demasiada extension les expusimos para no someternos à los tantos, tan varios y extraños juramentos à que intentaron precisarnos para entrar como deseabamos, y para lo que con las mas vivas expresiones instamos, en nuestra amada diócesis, y con cuya justa resistencia evitamos quebrantar y contrariar los que segun las leyes habiamos prestado al recibir nuestras bulas en el año de 1806 en nuestra consagracion é inauguracion del palio, libertándonos con tal proceder de incurrir en las gravísimas penas en que por hecho tan contrario à los preceptos de nuestra sagrada religion están decretadas; y si la precipitacion de nuestro embarque, falta de salud y otras ocurrencias que sobre manera afligian nuestro corazon al tiempo de nuestra partida, nos hubieramos permitido aclarar y rebatir, como creiamos de nuestro deber para vuestros ciertos y verdaderos conocimientos, quando acaloradamente, y sin la mas mínima noticia nuestra se estampó en el impreso que se os circuló en fines del año de 811 para cohonestar y aparentaros de legal el terrible decreto para alejarnos de vosotros por confinacion à paises remotos, hubiérais sin duda inferido qual fuese el principal y verdadero móvil de los que lo promovieron; pero léjos de nosotros resentimientos por hechos de tal naturaleza, y aún borrados de nuestra memoria, permitidnos por un momento os preguntemos: ¿quales han sido las felicidades y libertad de que habeis gozado en el largo tiempo de vuestras inquietudes, que con tanta seguridad os ofrecieron, y aun prometieron como infalibles los principales causantes de la inversion del órden y tranquilidad en que os hallabais? Por necesidad nos diréis que vuestro actual y miserable estado lo patentiza.

Apénas hemos fixado los pies en estos desgraciados suelos, quan-

do empezamos á oír, no sin lágrimas en nuestros ojos, los desastres que habeis sufrido, dirigiendo las mas amargas y dolorosas quejas contra vuestros directores en todo el tiempo de vuestras fatalidades, sin dudar el asegurar que no el pueblo sano, y sí un corto número de hombres, ambiciosos de mando para mejorar sus fortunas, han sido los que únicamente os han precipitado á tamañas desgracias, y los que con promesas lisonjeras e inventados supuestos os seduxeron para separaros de la obediencia del Rey y subordinacion á las legítimas autoridades que le representaban; mas sea lo que fuere en esta parte, no es de nuestro deber inculcarnos en su averiguacion: nos dolemos sí de la pérdida de vuestra tranquilidad, del despojo de vuestras fortunas, de la ruina de tantas familias, de la confusion de las clases, y lo que es mas doloroso, del vergonzoso y escandaloso ultraje que ha sufrido nuestra religion santa en tiempos tan calamitosos. Son ya por fortuna pasados, y llegada la ocasion de remediarse tantos males: en vosotros está: nuestro piadoso Monarca se convida con la paz: no dudeis difundirá sobre todos sus rasgos de benignidad: ya os ha presentado y teneis á la vista gefes que por sus militares y políticos conocimientos, os defenderán de los que tenaces en sus quiméricas ideas quisieren inquietaros, y dirigirán vuestros negocios, hermanando con la justicia la paz.

Por nuestra parte para que logreis la felicidad que puede disfrutarse en esta breve y transitoria vida, os exhortamos con Jesucristo, á que olvidando todo resentimiento sufris con paciencia las flaquezas humanas, y recordando en vuestra memoria la debilidad de nuestra naturaleza ameis á nuestros próximos con una verdadera caridad. Acordaos y tened presente que con el mundo nació entre los propios el interes, y que este es una semilla que engendra en el corazon del hombre la zizaña: leed las historias asi sagradas como profanas, y vereis que nada se vé de nuevo de baxo del Sol, y encontrareis que el primer sacrificio que en el mundo se ofreció á la venganza, fué el de un hermano muerto por otro: que Abimelech hijo de Jerovaal sacrificó al filo de su acero á sus muchos hermanos por sola la codicia de tener el mando sobre Israel: que Tulia Romana por ocupar quanto ántes el trono del imperio hizo matar á su Padre: y que Tulio Cèsar advirtió dolorosamente entre sus asesinos á su hijo adoptivo Marco Bruto. No os admireis en vista de tales exemplos de que háyais vosotros mismos visto iguales ó semejantes en vuestros trastornos y calamidades; mas apartando de vuestros

ojos quadro tan horroroso que insulta à la naturaleza, y es el oprobrio de las luces que tanto se decantan de nuestro siglo, os rogamos encarecidamente obreis segun aquellos divinos preceptos, y con la verdadera caridad, pues sin esta nada hareis agradable á los ojos de Dios, que es á quien principalmente todos debemos complacer, es propia de todo cristiano, y con ella formaremos todos una sola y unida familia, y es la que ha de dirigir nuestras acciones, porque siendo la vivificadora de todas las demas virtudes, sin ella no habrá mèrito; pero es menester que no sea fingida, y sí radicada en el Espiritu Santo, y en la virtud del mismo Dios, que busque unicamente lo que mire á agradarle; en cuya forma lograreis sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros próximos, amarlos como á vosotros mismos, y ser felices en esta, y en la vida futura.

Ministros del santuario, sacerdotes de Dios, hermanos en Jesucristo, ã vosotros dirigimos nuestra palabra.

Aunque estamos informados con grande consuelo nuestro que en la mayor parte de nuestro clero se encuentra una mas que comun instruccion en las escrituras santas, no ignorais que por nuestro ministerio estamos obligados á recordaros el cumplimiento de nuestros deberes. Quales son éstos, se os previno al tiempo de vuestra ordinacion. El Apóstol San Pablo nos dice, seamos el exemplo de buenas obras en doctrina, en integridad y gravedad; y el concilio de Trento, que no hay cosa que mas instruya y mueva la piedad que la vida exemplar de los eclesiásticos, imponiendo penas bien graves à los que se olvidan de la santidad de nuestro ministerio. Tened siempre presente que los malos sacerdotes son la causa de la ruina del pueblo, y que siendo ministros dignos del altar, debeis ser el centro de nuestro apoyo para corregir defectos, conseguir su enmienda, y una tranquilidad cristiana, que nos lisonjee dulcemente; mas para conseguirlo en unos tiempos en que se ha introducido una corrupcion de costumbres, que ha podido pervertir á los fieles hasta el extremo de hacer vacilar á muchos sobre puntos bien respetables de la religion, es menester que en union redoblemos nuestras amonestaciones, exhortando, predicando y arguyendo sin temor como el mismo San Pablo nos propone; y para que nuestros trabajos produzcan el fin santo á que los dirigimos, es de necesidad, escribe San Gregorio, hacerse cargo de los horrores, abusos y vicios que infestan el país y corrompen las costumbres. Bien conoceis el exceso de insolencia á que en estos tiempos de confusion se han abandonado

ios cristianos: asombran las respiraciones que se oyen á muchos habladores, que andan reboleteando por todas partes; cada uno de estos atreguados se arroja á despreciar las leyes, y los gobiernos establecidos, proyectando arreglo de los estados, creyendo de tal modo hacerse cada uno un potentado: quanto poseen los ricos lo reputan mal habido, efecto de tirania, y que no la es sacarlo en qualquier modo de sus manos, introduciendo con disimulo por principios, dicen, de una fina política los trastornos que tocamos y que tanto han affligido la humanidad. Hablan de religion no con ménos espíritu y oposicion á sus leyes y á sus prelados, y con desprecio de la verdadera disciplina, con el perverso objeto de infundir en el comun del pueblo tan perniciosas ideas, y lograr de tal modo las que verdaderamente los asisten para vivir en un escandaloso libertinage á costa del de sus próximos. J. mas se ha escrito tanto de filosofia moral: jamas se ha hablado tanto de reforma de costumbres: nunca se han inventado tantas cosas nuevas; y nunca se ha pensado tanto en mejorarlo todo; pero cotejad lo fabricado y mejorado con lo deteriorado y arruinado aun sin salir de entre vosotros, y vereis el resultado.

Por fin, hermanos é hijos en Jesucristo, no os dexéis engañar: sea disimulado ó falso, los daños que la religion y las costumbres han padecido son indudables; y si no volveis en vosotros y despreciais tales novadores, aun seran mayores. Por nuestra parte no tenemos al efeto otras armas que la exhortacion, predicando el buen exemplo; así lo haremos con la ayuda de Dios por el beneficio comun, y porque la Iglesia y el Monarca nos demandan el cumplimiento de esta sagrada obligacion. No dudeis que si abrazais nuestras cristianas exhortaciones, volveréis á vuestra antigua quietud, disfrutando *el Don de la Paz*, que tanto recomendó Jesucristo hasta su partida al Eterno Padre, que es la que, con quanto mas os puede hacer felices, os desea, y para que trabajará sin descanso vuestro Arzobispo que á todos da su paternal bendicion. Cartagena de Indias 24 de mayo de 1816.—*Juan, Arzobispo de Santafe*.—Por mandado de S. S. I. el arzobispo mi señor *Dr. D. Valentín Sacristan*.

VENEZUELA

Continúa el artículo de La Margarita.

Una marcha rapidísima puso el 10 del actual á las columnas que mandaba el mayor Quero en el hato de El-Socorro en donde estaba sitiado el enemigo. Verlos, observarlos y dar el mayor la órden á algunos carabineros y tiradores para que lo

atacasen, fué obra de un momento. El enemigo principió inmediatamente su precipitada retirada por espacio de dos leguas hasta La-Quebradita en donde hicieron alto à favor del terreno pantanoso de un bosque, y del arroyo que impedia manio-
brar nuestra caballería

Entónces el mayor dió orden al capitan D. Félix Rasco para que abriese el paso con la infantería de Aragua, y un destacamento de tiradores de Castilla. Rasco cúmplió perfectamente esta orden, y despues de tres horas de un vivísimo fuego el enemigo fué desalojado de sus posiciones, y el esquadron de El-Sombrero penetró hasta la sabana facilitado el paso por una quarta de la sexta de La-Union.

La inundacion de aquellos territorios impidió por entónces seguir al enemigo y nuestras tropas volvieron al campo de batalla.

Nuestra pérdida ha consistido en 29 heridos, y 18 muertos. La del enemigo en mas de 500 muertos segun la declaracion uniforme de muchos prisioneros, entre ellos un capitan de carabineros de los que acompañaron al sedicioso Bolivar llamado Montero. Entre los muertos se encuentra el aventurero Mac Gregor que hacia de general en jefe, y cuya casaca, vestuario y dinero están en poder del soldado del esquadron de El-Sombrero que le mató. Toda su guardia fué igualmente degollada.

Se continuará.

CARACAS.

El público deberá estar ansioso por saber el paradero de S. E. *el Gefe supremo de la república y capitan general de los exércitos de Venezuela y la Nueva Grnnada*. S. E. anduvo tan de carrera que no tuvo lugar de decirnos algo sobre ello. Así que, enmendaremos su falta y seguirá el cuento.

S. E. à las dos de la mañana del 14 se metió en el bote que tenía escondido fuera de la vista del castillo, solamente acompañado de quatro señoritas y su madre, y de Mr. Videau. Se dirigió à un bergantin mercante que estaba fondeado en el puerto, è inmediatamente picó cables, y con otras dos goletitas partió con el dolor de dexar en tierra su amado exército, aquel exército *irrcsistible* compuesto de 800 hombres de tantos paises, y de tales cabezas como la de S. E. Las lágrimas saltaban à los ojos de S. E. quando se acordaba que igualmente habia dexado su estimada libreria, porque parece que S. E. tiene humos de catedrático.

S. E. navegaba sentado en un gallinero, fixos los ojos sobre las montañas de que se alejaba, y rodeado solamente de su pequeña y tristísima comitiva. Parecia que S. E. habia concentrado todas sus ideas, y à la vista de todos era S. E. una estatua. Un profundísimo silencio le rodeaba: solo de tiempo en tiempo algun suspiro desconsolado le interrumpia. De quando en quando el color de S. E. se volvia mas pálido, sus ojos se desplegaban, y se le observaban

movimientos convulsivos semejantes à los niños que padecen lombrices: volvía despues à su éxtasis ordinario.

La comitiva entró en cuidado con la repeticion de estos movimientos, y no faltó entre ella quien creyese que en efecto S. E. tenia lombrices. Era indispensable conocer la causa de esta situacion, y una de las señoritas que temia ménos la cōlera de S. E. se aventuró à llamarle respetuosamente, y preguntarle, *¿ qué tenia? ¿ qué le afligia? ¿ qué le sobresaltaba?* S. E. volviendo en sí, y con aquella amabilidad que le es característica, dando un suspiro se dignó contestarle: *¡ Ah! cada momento me parece que resuena en mis oidos la maldita corneta de los cazadores, mas espantosa para mí que la trompeta del juicio final.* S. E. cayó otra vez en su distraccion, y la comitiva se deshacia en lágrimas.

Pero estas lâgrimas amargas que corrian de los hermosos ojos de las damas de la comparsa, no las causaba solo la ridícula situacion de S. E.: un recuerdo aun mas doloroso tambien las excitaba: el recuerdo de sus gorras, sus camisones, sus peinetas, sus zapatos, sus adornos: todo, todo perdido y abandonado en las playas de Ocumare: hasta las sillas de montar destinadas para entrar en triunfo en esta capital. Pero S. E. no cuidó de objetos tan poco interesantes para él en momentos en que haberlas salvado con lo encapillado, fué uno de sus soberanos favores.

Los buques se alejaban de una tierra ingrata que tan mal habia pagado sus fatigas y desvelos, y en donde en lugar de canciones habia oido las cornetas tremendas, y en vez de coronas de flores habia sido recibido con cañones y bayonetas. S. E. inmóvil en su gallinero no dió por muchas horas otras señales de vida que la sucesiva variacion de su color y la repeticion de sus convulsiones. Poco à poco fué volviendo de tan extraña situacion: sus movimientos variaron: volvía con precipitacion su cabeza de un lado à otro, è inmediatamente apretaba sus parpados murmurando entre dientes con una voz trémula sin entenderse lo que decia. Su comitiva creyó entónces que tenia el cerebro patas arriba (1).

Pero siendo necesario procurar à S. E. todos los auxilios posibles, lo era tambien saber la causa de su nuevo estado. *Qué es esto, Excmo. Señor?* exclamó la misma interpolando su voz con sus sollozos. *Dexadme,* dixo S. E. en el tono de un frenético, y un

(1) Ha muchos años que no le ha tenido S. E. de otra manera.

momento despues llorando como un babeiaca, continuó: *Compadecidme! Quan digno soy de vuestra ternura! Mi situacion es horrorosa! Cada instante me parece que tengo à mi lado à ese hombre terrible que me ha tomado à su cargo. Me parece que le veo en La-Puerta, en San Mateo, en Aragua, en las cumbres de Mariara, siempre ansiando por mi persona, siempre procurando mi exterminio. Aun aqui no estoy libre.*

Entonces la comitiva trató de los medios de calmarlo. Discordaron en los pareceres. Una opinó meter à S. E. dentro del lastre en càlidad de género prohibido, y otra que se escondiese en algun falso del buque como materia contagiosa; pero venció la pluralidad. S. E. fué acomodado de largo à largo dentro del gallinero, y todas se sentaron en él para cubrirlo con la extremidad de sus camisones, aunque temerosas de que S. E. al salir de un lugar en que estaba tan acomodado, no saliese tambien cacareando.

Desde entónces la navegacion continuó con ménos inquietud. Las damas discurrían sobre la inestabilidad de las cosas humanas, y cada una hablaba de las esperanzas que habia perdido. Su entrada triunfante en la capital, el orgullo de poseer el favor absoluto de S. E., aun la posibilidad de adquirir legitimamente este deseado tratamiento, los convites en su entrada, su futuro luxo, todo sirvió de materia à sus discursos; pero todo se concluía con decir: *lo perdimos.* Una de ellas, ò de mas juicio, ò mas bachillera que las demas añadia: *y adonde irémos?*

Ella hacia una comparacion entre el estado de S. E. y el de Eneas quando escapó de las llamas de Troya, y encontraba semejanzas muy singulares. Las montañas de Ocumare se le antojaban el monte Ida: su rio el delicioso Xanto: la noche de su fuga aquella en que el troyano viendo à su padre y à su hijo exclamaba: *¡oh dulces prendas por mi bien salvadas: dulces y alegres quando Dios queria!* Veia à Paliuro en el *Almirante Brion*: observaba en la pequeñez de sus buques los que salvaron los restos de Ilion: miraba la imposibilidad de arribar à las islas de este archipiélago como la que aquellos tuvieron para arribar à las del de la Grecia; y consideraba la necesidad de buscar costas distantes que le diesen un asilo. Todo lo encontraba semejante, y solo hallaba una contradiccion entre S. E. y Eneas. Este lleno de virtudes sufría con heroismo los males que no habia causado, y aquel dentro de su gallinero, temblaba por tantos de que habia sido el origen exclusivo.

Le parecia que en esto era aun en el nombre muy parecido S. E. á aquel Sinon que construyó el formidable caballo. Entre tanto la tripulacion estaba dividida en grupos, y cada uno discurria sobre su presente situacion. Engañados vilmente por S. E. sobre sus ofrecimientos de grandes pagas sin haber recibido un maravedí, mil veces estuvieron á punto de hacerle terminar su ignominiosa carrera dentro del lugar de su refugio; pero la esperanza en unos, el temor del castigo en otros, el desprecio que ya excitaba en todos, y lo que es mas, la vista de la isla de Curazao que se descubrió en tan criticos momentos salvó á S. E. de morir como una gallina.

La peregrina flota se presentó al fin delante del puerto, y S. E., aunque no seguro, se atrevia ya á sacar de quando en quando las narices por dentro de sus rejas. S. E. pidió el correspondiente permiso para entrar; y á pesar de que un pariente de S. E., movido de las causas que él sabrá, hizo quanto pudo para conseguirlo, S. E. al cabo de tres dias recibió una absoluta negativa y dirigió su rumbo á Bonayre.

En esta isla casi desierta fondeó S. E. Aquí fué donde salió del gallinero como si no hubiese quebrado un plato, con el mismo ayre de satisfaccion con que se habria presentado en esta capital despues de una gran victoria. ¡ Tanto pudo en el ánimo de S. E. la idea de su seguridad! y tal es aquel carácter que llevará hasta el sepulcro!

Pocos momentos despues de haber S. E. y comitiva pisado la arena, aun quando con el dinero tomado en una lancha que de La-Guayra pasaba á Puerto Cabello, solicitaba alimentos con que restaurar las fuerzas perdidas por el cansancio, el hambre y el miedo, se le presentó un grupo de mas de cien marineros exigiendo el cumplimiento de las pagas ofrecidas. ¡ Qué escena tan desagradable para S. E. así por lo que pedian, como por el modo con que lo hacian! ¡ Quanto humilló á S. E. no oír ya este tratamiento en aquellos hombres ingratos á quienes habia honrado con hacerlos marineros de su *formidable esquadra*! Con aquel ayre de soberanía que le es propio: *os pagaré, le dixo, pero no ahora*, y les volvió la espalda. Parecia S. E. á César quando se retiraba del campo de Marte, despues de la rebellion de sus queridas legiones. ¡ Dios bendiga á S. E. por esa grandeza de alma que algunos quieren llamar poquísima vergüenza!

La mayor parte de la turba faltando al respeto debido al alto carácter de S. E. y al decoro de su comitiva, se desató en palabras propias de su groserísima educacion. Uno le llamaba *cobarde*, el otro *pícaro*: aquel le trataba de *malvado*, este de *ignorante*, y hubo alguno tan desacatado que le dixo en sus barbas que era un *puerco*. S. E. todo lo oía; pero lo mismo que si hablaran con un muerto, ¡ Tanta es la magnanimidad de S. E.!

Inmediatamente participó á su Almirante el abandono de sus marineros (2),

(2) Entre los que se han quedado detestando á S. E. se cuentan á Rafael Diego

suplicándole ú ordenándole (esto se ignora) que reclutase un número igual haciéndoles todos los ofrecimientos que gustase. Nada le decia de su cumplimiento, porque entre los dos no se ignoraba la verdad (3).

En los dos días siguientes hizo S. E. correr la voz de que la marcha de los restos de sus 800 miserables hácia Choroní, era efecto de sus órdenes, y un movimiento necesario en sus planes de campaña: que su viage á Curazao no habia tenido otro objeto que la comunicacion de ciertas disposiciones à su Almirante: que sus exércitos victoriosos debian estar sobre esta capital; y que volvia otra vez á los puntos de donde habia partido para continuar las operaciones.

No le fué tan inútil la invencion, porque algunos de los marineros la creyeron, ò por mas codiciosos, ò por mas ignorantes. Así, pues, S. E. encontró los precisos para las maniobras de los tres buques, y volvió á las costas de Ocumare. Hizo desde léjos en todos los puntos un prolixo reconocimiento que no le produjo sino dolorosos desengaños, y arribó últimamente al puerto de Chuao, á cuyo valle aun no habian llegado nuestras partidas, Allí robó como diez fanegas de cacao baxo el pretexto de llevar consigo alguna cosa de su querido pueblo: exhortó á los negros que le rodearon á la mas vigorosa defensa: les prometió que volveria dentro de una semana con una esquadra nunca vista: se reembarcó; y dirigió otra vez su rumbo á la isla de Bonayre.

Nuevos disgustos le esperaban en ella para afligir mas el sensible corazon de S. E. ya despedazado con tantos y tan graves sentimientos. Encontró á su almirante uno de sus mas dignos amigos, no ya con aquellas demostraciones de confianza con que siempre lo habia tratado, sino en la firme resolucion de seguir el exemplo de los marineros que lo habian abandonado. ¡Tan cara le habrá costado la amistad de S. E. ! Vió llegar el 27 un buque de Curazao con ménos víveres de los que esperaba, y con él la orden del comerciante Pardo, para quitarle la pólvora que le habia fiado y cuyo valor no habia satisfecho. Vió partir el 29 en el mismo buque esta pólvora tan necesaria para procurarse con su precio un medio de su subsistencia futura. Vió partir tambien á su desconocido Almirante con tres buques de los de mas fuerza para Los-Cayos, no haciendo de S. E. los honores y recuerdos que debia. Vió por último llegar otra orden del gobernador de Curazao para que saliese dentro de 24 horas, y entónces S. E. no pudo ménos que salir, dexando en tierra muchos de sus mas constantes compañeros de conquista.

S. E. partió, segun decia, *para la Margarita á organizar un exército con que volar á Europa y castigar en su corte al Rey de los Países-baxos por el desacato usado con su persona.* Pero S. E. partió para Paraguaná: desembarcó en La-Macoya: hizo suyas algunas cabras que no lo eran: lo atacaron: se reembarcó con la misma ligereza que en Ocumare, y dirigió su rumbo al noroeste, que es decir, hácia Los-Cayos, ò los Estados-Unidos. Sin embargo, S. E. irá donde guste.

Tal es, Señor Excmo., hasta el presente el resultado de sus proyectos, afanes y tareas. Si V. E. hubiese creído las clarísimas verdades que quatro años ha he es-

Mérida, su muger, Francisco Salias (a) Mandinga, el Lic. Urbaneja, un Zumeta de San Felipe, y algunos otros entes de esta clase.

(3) Se ignora igualmente si concluyó su carta con *quartel general de Bonayre*; porque en este caso ya S. E. sería tambien conquistador de los estados de S. M. el Rey de los Países-Baxos. Sin embargo es S. E. tan amigo de *quarteles generales*, que no dudamos que designó alguno.

tado sin cesar presentando á V. E. y á sus necios compañeros, ni se viera V. E. como se ve, ni andaria su crédito en las bocas de todos, ni su nombre seria el plato de todas bodas. No seria V. E. el objeto del odio público, de un odio de que V. E. no puede formar idea, aunque haya visto algo desde las alturas de Mariara. No se oiria el nombre de V. E. en las pulperías, en las bodegas, en los lugares mas indecentes, siendo la burla de todo el mundo. No diria un zapatero: *¿era rico, gozaba de consideraciones que quizá no merecia, y semetib en una revolucion hecha para perder y para ser menos? Pues que lo frian.* No diria un sastre: *corrio por Furopa, visito ciudades, anduvo reynos enteros, y es tan ignorante? Pues que lo desquartizen.* No diria un albañil, *¿estuvo un año de soberano: lleno de horrores su patria y no conocio hasta que punto le detestaban? Pues que lo escavechen:* No estarian todos cambiando los nombres de las qualidades de V. E.: á su consumada prudencia en los combates llamando cobardia: ignorancia á sus cálculos peregrinos: libertinage á sus inocentes plácemes: insensatez á su prevision: bárbara crueldad á su justicia: descaró á su despejo: altanería á su circunspeccion: perfidia á su política: vicios á todas sus virtudes.

No olvide V. E. jamas lo que ha visto, ni lo que acaba de sucederle. Refiéralo á sus compañeros, á sus amigos y conocidos; porque al ménos los hará un bien, y esta será quizá la primera obra buena de su vida. Dígales V. E. que el pueblo de Venezuela tendrá muy presente por muchos años las bárbaras carnicerías, los robos escandalosos, las imposturas indecentísimas, los males inauditos que señalaron cada dia del espantoso reynado de V. E. Que están resueltos todos sus hijos á sepultarse con honor baxo las ruinas de su patria, ántes que volver á aquellos tiempos de ignominia y de luto. Que desprecian altamente los insignificantes y aciegos nombres de *ciudadano* y *republica*, compañeros inseparables de la miseria, de la opresion y del desorden. Que del número de estos hombres que así piensan, solo puede separarse el cortísimo de aquellos, ó tan corrompidos, ó tan holgazanes que ansian por los trastornos públicos, ó para satisfacer sin freno sus desordenadas pasiones, ó para vivir sin temor á costa de los demas. Que el resto numeroso que solo encuentra su felicidad en el exercicio de sus ocupaciones y en el seno de sus familias, no quiere perderla, porque conoció su precio quando la perdió. Que el gobierno, en fin, reglado por estos principios, así como protege á los unos, hará por la fuerza entrar en su deber á los otros. Si V. E. ignoraba este estado de Venezuela, y bien por noticias, bien por cartas de algunos estaba persuadido de que suspiraban por V. E., puede V. E. estar cierto de que los tales son mas majaderos que V. E.

Por último, Excmo. Señor, como es probable que despues de haberse concluido esta farsa, resuelva V. E. tomar otro tratamiento que no llegue á mi noticia, espero de V. E. que en qualquier punto del globo en que se encuentre tenga la bondad de avisarme si se ajustá el de Señoría, Alteza, ó Magestad; ó si dirigiéndose á otro lado se calza e de Reverencia.—*Josef Domingo Diaz*

Continúan los donativos voluntarios para los vestuarios del regimiento del Rey.

D. Francisco Azpurua, 60 sombreros ordinarios.

El Señor Marques del Valle, 20 pesos.

D. Bernardo Penela y su compañero D. Pedro Soto, 100 pesos.

D. Pedro Manuel Quero, 5 pesos.

D. Lorenzo Lasa, 10 pesos.

Nómina de los sugetos que en esta ciudad han contribuido voluntariamente con las cantidades que se señalan para socorro de los heridos habidos en la division que acaba de derrotar al insurgente Bolivar, mandada por el señor brigadier D. Francisco Tomas Morales, y recolectado por los abaxo firmados, à saber.

El señor coronel D. Francisco Mendibil, 20 pesos. D. Juan Bautista Echandia, 20. D. Juan Villalonga, 8. D. Calixto Garcia, 32. D. Josef Antonio Echenagusia, 16. D. Josef Antonio Altuna, 8. D. Francisco Montijo, 4. D. Josef R. Jirau, 16. D. Ramon Ibarrolaburu, 60. D. Juan Echeverria, 10. D. Bernardo Sampayo, 4. Antonio Espinosa, 3. D. Juan Manuel Inchauspe, 5. D. Salvador Gual, 5. D. Josef Miret, 3. D. Josef Arteche, 1 $\frac{1}{2}$. D. Josef San Martin, 4. D. Santiago Pou, 5. D. Pedro Soler, 4. D. Josef Vila y Mir, 6. D. Francisco Busquets, 20. D. Josef Bentosa, 3. D. Josef Friginals, 4. D. Lorenzo Zuluaga, 6. D. Ramon Peña, 4. D. Francisco Troanes, 6. D. Manuel Betesagasti, 5. D. Angel Perdomo, 1. Antonio Josef Villegas, 2. D. Juan Bautista Ordaz, 4. D. Rafael Perdomo, 10. D. Clemente Britapaja, 8. D. Ramon Mas y Viade, 4. D. Ramon Mila de la Roca, 4. D. Juan Bautista Arrillaga, 5. D. Miguel Mas, 4. D. Esteban Aguirre, 2. D. Josef Gonzalez, 1. D. Marcos Rodriguez, 4. Eusebio Espinosa, 1. Total 346 pesos 4 reales.

Valencia, julio 17 de 1816. = Calixto Garcia—Josef Antonio Altuna = Josef Ramon Jirau.

Nota.—En el número anterior, página 84, línea 26, donde dice Bartolomé Martinez, debe leerse D. Bartolomé Martinez.

En la página 888, línea 17, donde se lee 9, debe leerse 2.

En la imprenta se vende esta obra: Memorias para servir à la Historia Eclesiástica durante el siglo XVIII, impresas en los años de 1814 y 1815, à 41 reales cada exemplar en quatro tomos.